

La hoja de parra



MOYANO -

10
cts.



segunda época
año uno número dos

año uno
núm. dos

La Hoja de para

semanario satírico y galante

director: antonio gonzález-álvarez
redacción y administración:

editorial castro, s. a.
águeda diez, 5.—carabanchel bajo

segunda
época

domingo, 31 mayo 1931

a la sombra...

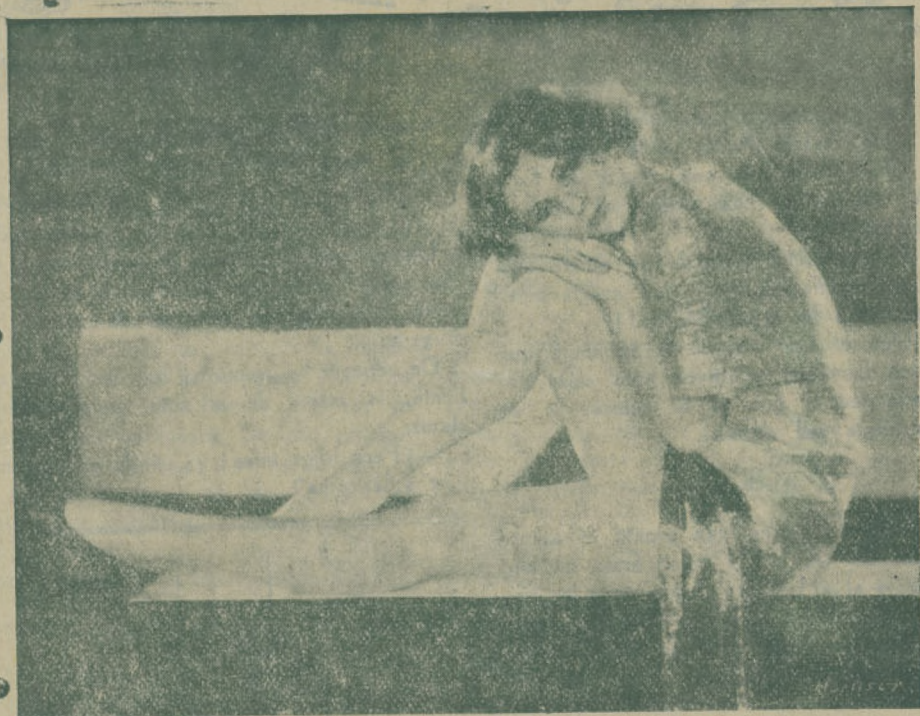


—mí, personalmente, no me parece mal que las mujeres puedan ser elegidas diputados. Por de pronto, su presencia en los escaños, siempre habrá de servir para que se recree la vista de «la mayoría de las minorías». Y eso siempre está bien. Los que tenemos que frecuentar el Parlamento— ¡hombres importantes que somos, aunque no nos haya dado ningún cargo el Gobierno, porque Alcalá Zamora no puede estar en todo!—los que no podremos salir de Madrid este verano, retenidos por los graves problemas nacionales, vamos a encontrar la compensación viendo en la Cámara a las representantes del país, seguramente lindas y gentiles.

Pero, acaso, cuando tanto hay que moralizar en nuestras costumbres políticas, la admisión de las señoras en el Parlamento esté contraindicada, y se perjudique con ello la anhelada pureza del sufragio. Porque si en el antiguo régimen cualquiera vendía el voto por un cigarro de 0,15 y un vaso de vino, bien puede darse ahora todo un censo por una caricia de mujer. Y ¡qué no hará una mujer por ostentar título tan sugestivo como el de diputado, si va uno a proveer una plaza de mecanógrafa con cuarenta y cinco pesetas de sueldo y, o hay que ser un «castigador» sin entrañas o hay que comprar quinientas máquinas de escribir!

Y ahora, cuando las mujeres se visten «tan poquito» y se perfuman tanto... La innovación, claro está, es a las izquierdas a las que menos conviene. Y ya verán ustedes en la Cámara, cómo se dilata y se desarrolla la derecha.

José ROMERO CUESTA



¿sufres, vida? Esta «estupefaciente» de criatura que tienen ustedes delante, es Lillian Bond, de los «Studios Paramount» y está enfurruñada contra las severas reglas del estudio. Ella quisiera comer mucho, acostarse tarde *flirtear*, amar. Pero no lo hace por temor a las reglas... Felicitemos a la casa Paramount por su adquisición y que sea *paramun...* chos años.

NUESTRO EXITO

El éxito de nuestro primer número ha sido piramidal, fantástico y abracadabrante: cincuenta mil ejemplares en Madrid y más del doble de esta cifra entre provincias y extranjero.

¡GRACIAS, NINCHIS!

Lo fulminante del éxito y como consecuencia, los apremios de vendedores y corresponsales, han obligado a nuestras máquinas a trabajar noche y día, desde el viernes 23, hasta la fecha (jueves 28). Lectores: otra vez las gracias y para que veáis que no nos duelen prendas, aumentamos este número en cuatro páginas.

¡VEINTE PAGINAS, DIEZ CENTIMOS!



A mi con seltz.

Lo que sabe todo el mundo:
Que Rafael Arcos gasta bisefé.
Que desde que han abierto la Casa
de Campo, se han puesto las peras a
cuarto.

Que Marcial Lalanda no quiere más
que Coquilla. (¡Ay! Pero qué «coqui-
lloso» nos ha salido Marcial!)

Que el tipo «tipo» de ganancia que
Paco Loygorri establece para cada ne-
gocio teatral que se le ocurre, es de
cuarenta mil duros.

Jacinto Guerrero tan pronto es admi-
rador de «A B C» como firma un ho-
menaje al «Heraldo» Según caen las pe-
ras, ¿verdad, Jacinto? Eso se llama
cambiar de camisa. ¡Y es que Guerrero
es un chico muy limpio!

El conde de Romanones—por el con-
trario—, dice que él no cambia de casaca,
y que si alguna vez lo hace, será comu-
nista para no arrastrar cadenas de tiranía.
¿Común y con cadena?... ¡Eso es un
N. C.!

La Sociedad de Autores Españoles ce-
lebrará en breve junta general ordinaria,
después de ocho años que no la había.
Más que ordinaria, esa junta, verán uste-
des cómo va a resultar *grososa*.

González del Castillo, como autor fri-
volo, es un probo empleado de Ferro-
carriles. Paco Lozano como empleado de
Ferrocarriles es un excelente autor cómico.

Vicente Patuel, como empresario de
teatros, es un honrado maestro de obras.

Un compañero nuestro descubrió ane-
che un idilio en un portal. El aristó-
crata. Ella vicetiple. Las tres de la ma-
drugada...

De repente se asomó al balcón, soñe-
liente, la mamá de la niña, para ex-
clamar:

—¡Pero hijos míos! ¿Cuándo es vais
a ir a la cama?



Ella.—¡Per Dios, Pepe! No sigas
que no sé dónde vamos a ir a parar.

El perro.—(¿Qué no lo sabes? ¡Pues
yo me lo figure!)

consejos a una cortesana incipiente

No lo temía, porque esas cosas no se deben temer, y menos aún yo, que no soy parte demasiado interesada. No lo temía, pero lo esperaba. Ahora me dices que, por fin, ha ocurrido. ¡Qué le vamos a hacer! La cosa no tiene mucha importancia. Todas las profesiones, como los helados polos, son buenas mientras no perturben el estómago. De eso precisamente se trata: de tener estómago, y de tenerlo lo mejor posible. Y todo es cuestión de voluntad.

Eres bonita, joven y simpática. Tienes unos senos preciosos, unas pantorrillas per-

fectas y unos muslos espléndidos. ¿Se puede pedir más? Ya ves: nada de eso tenía Napoleón, y llegó a ser emperador. El secreto está en el partido que se saque de las cosas, administradas con sabiduría. El acierto de los grandes hombres de negocios, de los financieros extraordinarios, consiste, sencillamente, en abrir con frecuencia sus cajas de caudales para que entren las piezas de oro, y cerrarlas en seguida devolviendo sólo un poco de calderilla. Haz tú lo mismo: procurar que entren las piezas, y dejarte de romanticismos.



Lindarajo.—Deja que me ponga en la popa y tú remas para darnos impulso.

Mariposo.—Es que yo también quería ir en popa.

Lindarajo.—Pero Mariposo, guapo, si los dos nos ponemos en popa ¿quién nos vá a dar?

Me pides que te dé algunos consejos prácticos para tu nueva profesión de cortesana. Allá van, y celebraré que mi modestísima experiencia en cuestiones galantes te sirva de algo. Lo hago generosamente, desinteresadamente. Claro que, si la bondad de tus sentimientos te obliga a expresarme tu gratitud, la galantería me impediría rechazar tus encantos. (Por si lo has olvidado, te recordaré que me puedes encontrar todas las tardes, de seis a siete en el café de Castilla...)

Atención a los consejos:

1 No digas nunca que eres hija de un presidente de Audiencia, de un general retirado ni de un jefe de Negociado cesante por la Dictadura; esas afirmaciones filiales están ya desacreditadas.

2 Tu lema debe ser siempre éste: Solicitud, constancia y profilaxis. Un



— ¡Si viniera detrás mi novio, cómo se iba a poner viendo el monte!

buen bidet cuesta menos y vale más que una sillería estilo Imperio.

3 Cuando pongas casa, si te ofrecen un juego de cama, acéptalo, porque de esos juegos salen siempre los de comedor y los de ropa blanca.

4 Ten presente que un beso bien administrado es un sacrificio que evita sudores que hacen adelgazar excesivamente.

5 Cuando fumes procura no tragarte el humo, porque perjudica las digestiones.

6 No tolere que ningún hombre pronuncie delante de ti ninguna palabrota. Y si eres tú quien la pronuncia, justíficale diciendo que no sabes lo que significa.

7 La fidelidad debe ser tu mayor preocupación y tu cuidado más constante. Un novio no permite que se le engañe. Sólo lo tolera cuando la infidelidad es con un caballero de edad, discreto y adinerado.

8 En los restaurantes, elige siempre los platos de nombre más incomprensible. Aunque luego, para comerlos, tengas que hacer un esfuerzo sobrehumano. Pero eso te dará importancia de mujer de mundo.

9 Cuando conozcas a un hombre, niegate a cuanto te pida. Es el procedimiento de que aumente en alto grado el valor de tus complacencias.

10 Di a todo el mundo que estás comprometida con un señor de Bilbao que te da cuanto le pides a cambio de una visita semanal. Y añade inmediatamente que los otros seis días de la semana te aburres mucho.

11 Un poco de cultura histórica siem-

pre está bien. Teniendo esto en cuenta, figúrate que cada hombre que se despide de ti al terminar una entrevista es Luis XV en el momento de decir aquello de «Después de mí, el diluvio...»

12 El corazón del hombre es genero-

so, pero la cabeza es tacaña. Por eso, apodérate de la cabeza, y no la sueltes hasta que la generosidad se haya manifestado, bien en forma de collar de brillantes o de cheque—con varios ceros—al portador.

CARLOS FERNANDEZ CUENCA

de viaje

Iban en un vapor de primera, doña Cándida, su hija Luisita, joven de unos veinte años y don Roque Frías, caballero de unos cuarenta y cinco, pero bien llevados.

A las dos de la madrugada Luisita, que sintió la perentoria necesidad de evacuar cierta diligencia «líquida», se encaminó a la cabina adecuada de la puerta del vagón; se había estropeado y

no siendo posible salir, la niña tuvo que hacerlo en el mismo departamento, mientras que don Roque se vendaba los ojos,

Pero a su vez el buen hombre, sintió también deseos de ejercer la misma función poco después, y doña Cándida, comprendiéndolo, le dijo:

—Podemos taparnos los ojos mi hija y yo; así lo hace usted por la ventanilla.

—¿Pero y los postes del telégrafo señora...?—respondió don Roque.



—Ayer me echó Pepe un regaño y todavía me dura el malhumor.
—Pues a mí me echa Carlos cuatro o cinco diarios y como si nada...

sobre cubierta

En el magnífico puerto de El Havre habían embarcado en el «París», soberbio trasatlántico francés, don Justo Pérez veje que ya no cumpliría los setenta y Pepita Pozas, nena «bien» que frisaba en los veinte. Bueno, eso de «bien» es un decir, pues Pepita era chica muy condescendiente con sus amiguitos y todos ellos se sabían de memoria la encantadora anatomía de la incitante criatura. Además, Pepita era viciosa y gustaba de «diversiones» con sus amigos, que no eran precisamente las naturales y las que ordenan las leyes de la procreación.

Pues bien; durante la travesía de El Havre a Nueva York, que era el punto final del viaje de ambos, el veje trabó muy buena amistad con Pepita y Pepita se dejó querer del veje que, dicho sea de paso, tenía la cartera bien repleta.

Después de solicitar don Justo varias veces de Pepita una entrevista a solas en un camarote, la nena accedió y quedaron citados una noche a las doce.

Llegó la noche esperada y a eso de las once un vendaval imponente levantaba tremendas olas que al chocar contra los

costados del barco producían un ruido espantoso. Relámpagos que hacían día de la noche sucedíanse sin interrupción y una lluvia recia caía si tenía que caer.

LA MODA ACTUAL



Modelo que para conseguir el voto de los hombres van a adoptar las candidatas a diputado. ¿Verdad que así vestidas estarán para darles el voto? Bueno; estarán para darles el voto y para... ¡tente lengua!

Eran las doce menos cinco cuando un viajero cruzó la cubierta, gustoso sin duda de contemplar una tempestad en alta mar. A la vez, el camarote de don Justo se abrió sigilosamente, y el pobre veje, desafiando los elementos, se disponía a visitar la cabina de la sugestiva Pepita. La tormenta arreciaba entonces y una ola tremenda, imponente, barrió la cubierta y arrastró al mar al pobre pasajero don Justo, que no se había dado cuenta del accidente, seguía su camino deslizándose, como una sombra, y entonces varios marineros de vigilancia, que vieron caer al mar el cuerpo del pasajero, gritaron a todo gritar: ¡¡*Homme a la mer!!* ¡*Homme a la mer!!* Don Justo quedó como petrificado y exclamó con ira:

—¡Mi madre, ya saben a lo que voy!

M. MORCILLO

la hoja de parra
tira 60.000 ejemplares solamente para Madrid.



El pintor.—No mire usted, que soy a escribir la primera mitad de lo que falta: derecha.

¡congratulémonos!

Si me vierais, lectores siempre amables,
dando saltos y brincos
aquí, en la intimidad de mi despacho
lo mismo que un chiquillo,
creeríais que me había vuelto loco.
Mas tiene su razón mi regocijo;
y es que en cierta revista
(cuyo nombre no digo)

se asegura que todas las mujeres,
sin ponerse de acuerdo, han decidido
preferir, desde luego, en sus amores
los hombres sensentones a los lindos
pollos *bien*.—«De cuarenta para arriba
(dice el refrán sabido)
no te mojes la tripa»... Y hoy, lectores,
¿Sabéis lo que decimos?

Decimos:—«De cuarenta
para arriba nos quiere el dios Cupido.»
Son, pues, para las hembras, nuestras canas,
nuestra amable experiencia y nuestro juicio,
preferibles al trato de los pollos.

En vista de ello, amigos
de albo pelo, dejad de daros *coba*
con betunes *inícuos*,
que si en días de rancio coqueteo
quizá logró serviros,
hoy para nada os vale,
sobre que hoy, de los jóvenes, poquitos
son los que en gracia y en vigor nos ganan,
ni en sin igual *filigraneo* fino.

Luzcamos del cabello (si aún nos queda)
el matiz argentino;

y mientras quiera el cielo
conservarnos un poco tiesecitos,
(con las fuerzas bastantes
para no hacer ante *ellas* el ridículo)
y con el buen humor que al pollo falta.

¡venceremos a quienes se dan pisto
por ser jóvenes y llevan como enseña
tan sólo su partida de bautismo!
Para bien, por lo visto, merecemos;
para bien muy cumplido.

¿Nos lo dais, lindas hembras?... Muchas gracias.
¡Por mi parte, encantado lo recibo!

JUAN PEREZ ZURICA



Una infelicillo



—¡Miserable! ¿Qué hace usted aquí?
—Le advierto a usted que soy su pro...



—La dama.—¿Y continúa
su proyecto de montar una
cola?

El caballero.—Sí, señora.
¿usted podría decirme don-
ré buenas



ted aquí con mi señora?
su profesor de natación.



continúa usted con
tar una granja avi-

señora. Por cierto,
ne donde encontra-

Juegos prohibidos

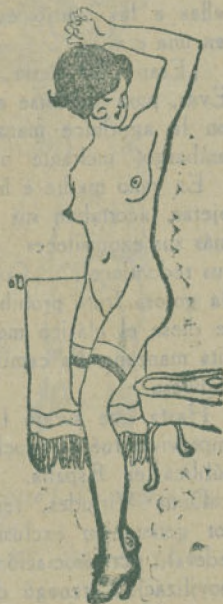
Aquel jardín... Recuerdo todavía
que tenía una fuente, y que tenía
una oculta glorieta
en donde, cierto día,
se enamoró una niña de un poeta.

Sucedió, claro está,
que los dos, en ardiente adolescencia,
consiguieron unir Amor y Ciencia
en sólo una entidad.
y el jardín, que tenía,
como siempre, la fuente y la glorieta,
más pomposo que nunca florecía
en honor de la niña y del poeta.
Hombre el niño, y mujer la apasionada,
ambos, en la glorieta perfumada,
recordaron los tiempos sumergidos
en la alforja del Tiempo, y, encendidos,
rindiéndole homenaje a la locura,
él dejó de ser cauto y cauta ella,
que «una sola mirada, si no es pura»,

contradice el rubor de la doncella
y «en mujer a una niña transfigura.»

El jardín mantenía
perdurables la fuente
y la glorieta oculta
que sirvieron de texto, de consulta
y de precepto mudo y elocuente
al ensayo precoz de Anatomía,
pero no florecía,
a pesar de la fuente y la glorieta,
en honor de la niña y del poeta.
Y una tarde, los dioses soberanos
bajaron al jardín en caudalosa
corriente de invasión. Ellos dijeron
que el hombre y la mujer eran hermanos,

que, en lucha veleidosa,
su sangre fraternal comprometieron,
y que aquella lejana mariposa
—rostro de nieve y rosa—
con impulsos tiranos
los dos, arteramente, deshicieron
en la suave mazzorra de las manos...



Max BARRERA

Max BARRERA

¡viva la república!

Llamábase, la mamá, doña Virtudes, y sus tres adorables pimpollos, Castita, Purita y Angelita.

Amor de Dios, 8, era el domicilio de las cuatro. El nombre y filiación del esposo y papá respectivo, no figuraba, ni en el contrato de inquilinato, ni en los libros del Registro Civil, Sección de Nacimientos, ni mucho menos en los Parroquiales, Sección de Matrimonios. Hermosuras como la de doña Virtudes, no necesitan justificantes de ciertos actos, y a tres preciosidades, como sus niñas, no se les puede exigir más documento que la *fe de vida*, a cambio de un testimonio de *última voluntad*, que indefectiblemente ha de suscribir, quien con ellas se relacione.

—«¡No tocar!... ¡Peligro de muerte!...», daban la sensación de ir proclamando a su paso, aquellas cuatro pimpantes hermosuras, dignas de jugar con ellas a las cuatro esquinas, de noche y en una era.

¡Eran demasiado succulentas aquellas Evas, para atreverse a hincarles el diente. en la agri dulce manzana, que ellas, sin embargo, incitante ofrecían!...

En vano madre e hijas, agrandaban sus ojeras, acortaban sus vestidos, descubrían más sus exquisiteces y pronunciaban más sus redondeces... ¡Como si no!... Aquella golosa fruta prohibida, no había quien le diese el clásico mordisco y la pobre cita manzana iba camino de convertirse en eamuesa.

Hasta que surgió lo imprevisto. Y lo imprevisto fué la proclamación de la República en España.

Doña Virtudes, republicana unitaria, por generación exclusivamente maternal; federal, por asociación, y comunista por movilización, renegó de las *Virtudes* de

su nombre, rompió a sus hijas el bautismo, y repudiando la *Castidad*, la *Pureza*, y lo *Angelical*, de sus patronímicos, ella se llamó, para lo sucesivo, *doña Fecundidad*, y sus tres niñas, *Libertad*, *Igualdad* y *Fraternidad*.

Un día, la multitud, irritada y loca, prendió fuego a los conventos. Los frailecitos, huían como ratas, de la quema. Uno de ellos, jovencillo enteco, pálido y desmembrado, huyendo de las turbas, que querían asarlo a la parrilla, se refugió entre las faldas de nuestras cuatro heroínas republicanas, que enérgicas y valientes, se llevaron, casi en volandas, al frailecito a su casa.

¡Qué de atenciones y cuidados le prodigaron!...

Quiéras o no, lo acostaron.

Cada una de las cuatro caritativas enfermeras, había de permanecer dos horas velando el sueño del infeliz y así se cumplió la evangélica tarea. De diez a doce, de la noche, realizó su cometido *doña Fecundidad*. Cuando la relevó *Libertad*, la mayor de sus hijas, solo le hizo esta sencilla recomendación: «No lo despiertes, hija mía, que ha bregado mucho y se ha quedado rendido.» A las dos, sustituyó a *Libertad*, su hermanita *Igualdad*, y a las cuatro relevó a ésta la preciosísima *Fraternidad*. Todas ellas, al retirarse a descansar, se hacían las apreciaciones pertinentes, acerca del estado en que dejaban el enfermo, y que con ligerísimas variantes, venían a ser las mismas. «Estado muy débil.» «Agotamiento de fuerzas.» «Decaimiento general.» «Vahidos y mareos»...

Las ocho de la mañana... Las nueve... Las nueve y media. Las diez... Silencio y quietud en toda la casa...

Casi simultáneamente despertaron *doña*

Fecundidad y sus hijas, que ante lo avanzado de la hora, tiráronse del lecho y a medio vestir, se encaminaron presurosas, al cuarto del herido para enterarse de cómo había amanecido.

Pero al entrar en él, quedaron petrificadas. En el revuelto lecho del frailecito, dormía como una santa, aunque roncaba como un cochero, Policarpa, la robusta y apetitosa criadota asturiana, y sobre su enorme promontorio de nodriza, descansaba la pálida y ojerosa cabeza del exclaustro, que en la agitación de su sueño, dejaba escapar estas atropelladas y entrecortadas frases: ¡Abajo los frailes!... ¡Viva la República!...

MANUEL F. PALOMERO



—Si yo deajo a mi hija que se consagre al teatro es por si resulta una Carmen Diaz.

—Pues yo a la mta que se dedique al cine por si me sale una Putti.

¡aquí no hay tanto!

Cuando Celedonio Mochales pisó tierra firme en el andén del mediodía, después de nueve horas y pico de traqueteo en el fermentido encierro de un vagón de tercera, un terror pánico agarrotó su corazón, y un cosquilleo debilitó sus miembros.

¡Madrid! ¡Ya estaba en Madrid! La populosa «ubre», como la llamaba Sandalio el hijo del albéitar, que era tan leído, que hasta tocaba la bandurria por clave.

Pero Celedonio alimentaba una ilusión,



Ella.—¡Ay, negro! Tz debtan dar un premio ¡por chulo!

El.—¿A mí, por chulo? ¡No hay quién!

y no era cosa de abandonarla cuando estaba a un palmo de trocarse en realidad. Y esta ilusión no era otra que convencerse «de visu», de la existencia, en el centro de la Puerta del Sol, de una estación ferroviaria donde, por unas perras, le arrasaban a uno de un punto a otro de la capital, por debajo de tierra.

Recordaba textualmente los datos que le suministrara Sandalio al tiempo de despedirse.

—¡Si no tiene *perde*! Llegas a la Puerta del Sol; te pones en la *metá* de la Plaza, y *de seguía* verás como que la

gente se mete por un *bujero* que hay en el suelo. Aquello es el «metro».

* * *

Preguntando, llegó hasta la calle de Carretas, y de allí a poco se encontró en el centro de la populosa Plaza, frente por frente al ministerio de la Gobernación. Miró en torno suyo con desencanto, y tuvo que reprimir una interjección de alegría: allí había un *bujero* por el que muchos hombres subían y bajaban. Una barandilla de hierro bordeaba el arranque de la escalera y en lo alto de un poste se leía: «Caballeros».

¡Celedonio con paso rápido emprendió el descenso.

* * *

Se encontró en una estancia bastante amplia con techo de cristales. Pegada a la pared vió una doble fila de hombres, inmóviles.

—Están sacando el billete—se dijo Celedonio—y viendo un hueco vacío en la segunda fila lo ocupó rápido, dispuesto a aguardar su turno. Era su antecesor un hombre joven, que mostraba gran interés en ocultar lo que tenía en la mano.

—No *quíe* que sepa *ande vá*; pero, sí, sí... ¡Yo me entero!

Y se puso a mirar por encima del hombro del vecino quien escamado le interrogó con descaro:

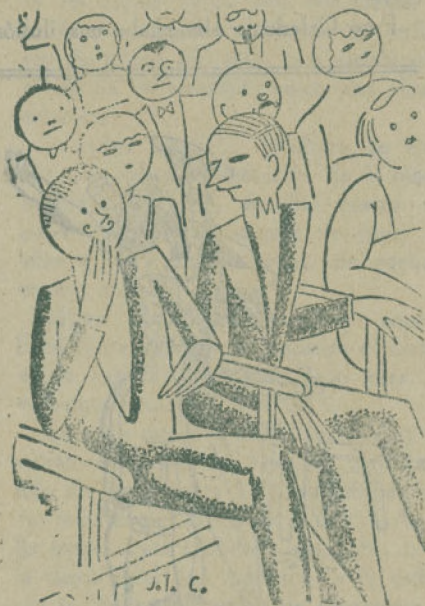
—¿Qué hay, amigo?

—Pues verá usted... yo... Yo... quería ver un *metro*...

A lo que respondió el otro, riendo:

—¡Hombre! ¡Aquí no hay tanto! Ya ve usted—dijo mostrándole lo que ocultaban sus manos—yo no estoy mal servido, y apenas llego a los veinte centímetros...

GONZALITO.



—¿De quién es la música de esta zarzuela?

—Del maestro Puyas

—¿Y el libro?

—De Paco Gil.

—Ya decía yo que esto parecía cosa de Gil y Puyas.

GUAYABOS QUE LUCHAN



JULIO CASTRO (CASTRITO)

a quien el Municipio debería adjudicar el título de «guayabo perpetuo». Castrito, más actor y más gracioso que nunca reaparecerá el próximo invierno en Madrid para delicia del público. ¡Un abrazo, Julio, que aquí te queremos mucho!

**SECRETOS DEL LECHO
CONYUGAL**

Interesante libro, con grabados. Se remite a provincias, certificado, por 1.50 en sellos de correos, o giro postal.

Los pedidos, con su importe, a

Antonio Ros, Librero. Monteleón, núm. 40 dpdo., pral. dcha. **Madrid**
(Casa fundada en 1896)

los grandes inventos

A Casiano Cabriterá—según malas lenguas—había que hablarle sentado en una almohadilla y detrás de un burladero.

Bien es verdad que su señora es lo que se dice, una primera medalla. Mucho de aquí con bastante de allá, y si a esto se le añade un andar pierniquebrado y una ondulación casi permanente en su arquitectura ojival delantera que cloroformiza, se justifica el que Casiano no sólo sea Cabriterá de apellido sino... algo más.

Ojeando una revista, nuestro buen Casiano leyó el siguiente anuncio.

«Queréis convencersos de la fidelidad de vuestros cónyuges. Acudid al laboratorio del profesor míster Ras K. Lhé, que con el aparato de su invención «Super Sensibilis Fidelis» os demostrará lo que hace vuestra esposa o marido. Precios al alcance de todos los bolsillos; por abonos grandes rebajas.»

La duda, esa solemne majadería que atormentaba a Hamlet y que hace tirarse de los pelos a los jugadores de ruleta se infiltró en el corazón de Cabriterá y con la decisión de los bravos—no confundir este bravo—se personó en casa del inventor.

Le abrió la puerta una doncellita de ésas que están como para auscultarlas y llevárselas acto seguido a un entresue-

lito del barrio de Salamanca. ¡Pocha n'a más!; pasándole a presencia de míster Ras K. Lhe, que tenía una pinta de módisto perfumado con capullo de rosas, como para arrimarse uno a la pared ¡por si las moscas!

—¿Qué desea?—le preguntó el hijo de la Gran Bretaña.

—Quisiera ver lo que hace en estos momentos mi casta esposa.

—Póngase enfrente de este espejo. ¿Qué ve usted?

¡¡Repajaroide!! ¿Que qué veo? Mi mujer en camisa, un señor con mi pijama, mi tohalla por el suelo... ¡apagan la luz! ¡¡me han rejoneado!!

A Casiano Cabritera, lo tuvieron que llevar desmayado a una clínica de urgencia y al recobrar el conocimiento sus primeras palabras fueron: ¡La tan cacareada gallina, es una enfermera de la Cruz Roja a su lado!...

JOSÉ LUIS FERNANDEZ



—¿Sabes por qué me gusta tanto la aviación?

—¿Por qué?

—Porque ya va teniendo muchas «pilotas»

carta de amor a greta garbo

Señora: Mañana me embarco en un trasatlántico para estar, dentro de quince días, en Hollywood.

No se tome la molestia de esperarme en la estación: preguntaré por usted a un *policemen* y, supongo, que él me indicará la casa de la gran estrella que debe ser solitaria y melancólica, lujosa y triste. Pero si el *policemen*—también él desconfiado y, seguramente, celoso—, no extiende su porra en la dirección que han de llevar mis pasos, no se preocupe, sabré encontrar la casa misteriosa...

Abriré una puerta, llamaré. Recuerde usted, señora: tres golpes de timbre, dentro de quince días, serán los míos... Usted me abrirá... Entraré... No miraré en derredor, señora, con la curiosidad y la extrañeza que se mira un lugar desconocido, porque su casa me es ya familiar...

Ignoro qué palabras habrá en mis labios. Tengo tiempo de preparar las frases más bellas durante la larga navegación. Puedo decirle ahora—eso sí—las palabras que no la diré. No la diré que es usted bella, señora; porque usted no lo es. Su encanto es ignoto, secreto, misterioso. Y lo debe al don divino de llegar siempre desde lejos.

No la diré que tiene talento. Su talento no es un mérito: su sensibilidad es espontánea; en la vida real debe ser usted como la veo vivir en el arte. El beso modulado por sus labios en el «escenario» no ha de ser distinto del que daría al hombre amado «de verdad», si éste existiese.

No la diré que sonríe usted bien; usted no sabe sonreír; usted no sonríe nunca. Su boca es tremendamente sensual

cuando está cerrada o cuando los labios se contraen; la sonrisa rompería el encanto. Usted lo sabe y por eso no sonríe. La única concesión de alegría que puede usted hacer es la de una sonrisa melancólica o pérfida.

No diré que sus ojos sean bellísimos... Quizás lo sean; pero su juego seductor y tremendo no está en las pupilas, sino en un cerrar mórbido y voluptuoso de sus párpados. Usted sabe cerrar los ojos y,



La mujer.—Si es que me canso. ¿No ves que en mi vida las he visto más gordas?

El marido.—Oye, tú a ver si te...

aunque no sepa otra cosa, ya sabe demasiado. Hay más peligro en sus pestañas que en el arte de amar de cien mujeres fatales.

¿Qué le diré, entonces, si no puedo zcallar su belleza, su talento, su sonrisa, sus ojos?...

¿Que su cabello, no cortado a la moda, es mórbido y frío?... ¿Que usted toda —en conjunto— es bellísima?...

Es el único homenaje que puedo hacerle. Sus brazos, sutiles y blancos tienen un abrazo que debe ser seductor. Cuando levanta usted una mano para llevarla al pelo, tiene un gesto enloquecedor. Su cuerpo es sinceramente mórbido y, al andar, ondula usted como si fuese una nube impulsada por un viento suave...

Usted es maravillosa cuando traiciona. Usted debe traicionar siempre. Los que escriben sus «escenarios» la han comprendido, ya que la dan siempre un marido o un amante al que usted es infiel.

Usted tiene que prometer fidelidad a un hombre distinto, no todos los meses, sino todas las semanas, todos los días... Así su vida es un camino florecido de corazones destrozados. Pero, a pesar de eso, yo la amo...

Por eso entraré en su estudio, señora, dentro de quince días. No se extrañe, lo sabe ya. Dentro de quince días. No podrá ser nadie más que yo. Y no me diga nada; la conozco mucho. Su voz rompería el encanto. Preocúpese, sólo, de cerrar los ojos... Por ver cómo se cierran es por lo que habré navegado durante dos semanas sobre un veloz trasatlántico... Por ver cerrar sus párpados y por ser traicionado...

No lo olvide; dentro de quince días, tres golpes de timbre, serán los míos. En tanto, besa sus manos.

POR LA COPIA :
VICTOR GABIRONDO

becqueriana

Volverán los monárquicos vencidos a asomarse a un balcón para chillar y otra vez alborotos y disturbios tal vez provocarán.

Pero aquellos que a costa del Estado cobraban por salir a pasear, aquellos «altruístas» de la patria. Esos... no volverán.

Volverán los del clásico *Debate* a defender el mundo clerical, y otra vez lanzará cuatro idioteces. Florestán Aguilar.

Pero aquellos ilustres cardenales y obispos que querían transformar el púlpito en tinglado de la farsa. Esos... no volverán.

Volverán generales más sensatos nuestro ejército hundido a levantar y tendremos al fin en la milicia buena oficialidad.

Pero aquellos funestos Berengüeres y Molas que quisieron gobernar ametrallando al pueblo por las calles. Esos... no volverán... **CORTADELLO.**



J. L. C.

—A este cabritillo se le ha muerto su madre.

—Entonces, ¿es un cabrito huérfano?

cuentos de camino

el plátano



CUANDO salió Berúlez de la oficina, como de costumbre se dirigió a la frutería en busca del postre para su mujercita.

—Deme usted plátanos, que a mi Ramona le gustan con delirio.

Con su paquete en la mano, se dirigió a la parada del tranvía.

Una compacta muchedumbre luchaba por ganar un puesto en las plataformas, y Berúlez arrollado, llegó a temer seriamente por la integridad de sus dos más caros paquetes: el de los plátanos y el intestinal.

Sintió Berúlez las estrecheces en que se veía por el postre de su mujercita, y temiendo que se lo apabullasen, decidió distribuirselo por los bolsillos: un plátano en el bolsillo derecho de la americana, dos en el izquierdo, uno en cada uno de los bolsillos delanteros del pantalón, y el último se lo metió en el trasero. (Queremos decir, en el bolsillo que los sastres confeccionan para guardar el revólver).

Arrancó el vehículo y por efecto de las apreturas, ¡plaf! un plátano que se le revienta a Berúlez en el bolsillo. ¡Plaf! Otro. ¡Plaf! ¡Plaf! Otro y otro... Ya no le quedaba a Berúlez de la media docena, más que el plátano posterior, y resignado pensó:

—Me quedará yo sin postre, pero el de atrás... ¡Ese no se lo come nadie más que mi mujercita!

Y dispuesto a preservarlo de todo peligro, llevó su mano al bolsillo citado y notando el bulto de la fruta, la abarcó dulcemente y hasta llegó a acariciarla con mimo pensando en la alegría que iba a recibir su amante esposa.

No soltó el plátano en todo el trayecto.

Pero de repente el tranvía paró.

—¡Pozas!—murmuró el cobrador, y acto seguido sintió Berúlez que le tocaban suavemente en el hombro y que la voz del caballero contra el que había venido incrustado todo el camino, le decía cortésmente:

—¡Caballero! Tenga la bondad de soltarme que me quiero apear... (¡!)

La Hoja de Parra

correspondiendo a la gentileza de su público, organiza activamente:

1.º Una.

VERBENA MONSTRUO

a la que asistirán

GRATIS

todos nuestros lectores.

A esta fiesta serán invitadas

LAS MAS BELLAS MUJERES

que concurrieran al

CONCURSO DE PANTORRILLAS

2.º Sensacional regalo de una **VACA LECHERA**

a los lectores de Madrid, Provincias y Extranjero

EDITORIAL CASTRO, S. A.

Admite publicidad sólo para

LA HOJA DE PARRA

con arreglo a la siguiente

TARIFA

Cuarta de cubierta.....	200 Pts.
Segunda y tercera	150 »
Páginas interiores	125 »
1/2	75 »
1/4	50 »
1/8	30 »
1/16	20 »

DESCUENTO

52 inserciones el	20 0/0
26 Id. el	10 »
13 Id. el	5 »



UN DESCANSO EN LA LUCHA

(Dib. de Masberger.)